

RECITAL KRAUS - VALLRIBERA

Organizado espontánea y desinteresadamente con entusiasmo y cariño, tuvo lugar el martes día 23 por la noche, en el Salón Victoria, el recital a cargo de Francisco Kraus, baritono, y Pedro Vallribera, pianista.

El programa apareció a nuestra vista altamente interesante tanto por la calidad de las obras, como por la novedad que muchas de ellas representaban para la mayor parte del público; y éste es un detalle que agradecemos, puesto que en muchos recitales y conciertos se repiten constantemente las mismas obras dejando al olvido otras de gran valor.

La primera parte estuvo dedicada al lieder. Acompañado al piano por el maestro Vallribera, Kraus transmitió al público, con la belleza y la sonoridad de su voz y con las suaves flexiones que sabe dar a la misma, los sentimientos que palpitan en cada una de estas canciones tan unidas al alma germana, y tan difíciles de expresar. Destacaremos especialmente la interpretación de Morgen de Strauss, y también Verborgenheit, de Hugo Wolf, Ich Liebe Dich, de Beethoven y Prajodit Fsió, de Rachmaninoff, éste último por su fuerza expresiva.

Si en la primera parte pudimos apreciar las grandes y conocidas dotes de Vallribera como acompañante, en la segunda nos deleitamos con su depurado estilo pianístico. Nos ofreció dos muestras del impresionismo francés: Scherzo de Chabrier, y Danse de Debussy; y dos obras debidas a compositores españoles: Valses poéticos, de Granados, y Seguidilla, de Albéniz. El arte de Vallribera es puro, serio y sincero, sin exteriorizaciones, ni efectismos que puedan atraer falsamente al público. El piano canta bajo la pulsación segura y ágil de sus dedos, que arranca la expresión justa de cada obra y de cada tema. Sus interpretaciones denotan su alta personalidad y su madurez artística adquirida a través de los años, como pedagogo, acompañante y concertista. Fuera de programa interpretó con agilidad y maestría «El Malabarista», de Ernest Toch.

En la tercera y última parte la voz bien timbrada de Francisco Kraus nos ofreció un género muy distinto al primero: fragmentos de ópera de Donizetti, Gounod, Mozart y Massenet; (cantados en italiano) también aquí nos demostró sus facultades y el profundo conocimiento de las obras, dándoles la fuerza expresiva y emotiva que encierran. La sensibilidad y

la técnica se juntan en sus brillantes interpretaciones que solo pueden ser fruto de labor y estudio constante y severo dentro del depurado estilo de su escuela. Las dificultades de los distintos fragmentos que interpretó los resolvió admirablemente con naturalidad y soltura sobresaliendo su excelente dicción y sonoridad en los tonos medios.

Correspondiendo gentilmente a los cálidos aplausos del público interpretó la canción italiana Ritorna Amore.

Al piano, Pedro Vallribera, siempre justo y preciso en el difícil arte de acompañar.

En resumen, un recital del que guardamos un grato recuerdo, y unos artistas a quienes deseáramos poder escuchar, de nuevo, en un futuro no lejano. — LIS



Francisco Kraus

CARNET DE ARTE

José Albertí y Eliseo Palá

EN EL PALACIO MUNICIPAL

Albertí ocupa el primer piso con sus treinta y dos óleos. Como siempre, ingenio y arrebatado, Albertí castiga y acuricia sus lienzos, sus paisajes, urbanos, campestres o marinos; con impactos de color e insospechadas suavidades. Si su arrebatado es simple, denominador común de sus composiciones, su ingenuidad es compleja. Paradoja difícil de encerrar en una glosa. Ora nos sorprende con el viril y preciso perfil de una barca, ora con los contornos borrosos de su propia visión de un campo, que, como el campo mismo, sólo adquiere un rigor de forma con la distancia. A ésta última y total precisión del dibujo coadyuva la intuición de unas masas de color sabiamente dispuestas.

Juega también Albertí a romanticismos con el sabor oriental de sus jardines, dormidos en el ensueño de un hechizo en rosa.

Oscuras sus barcas, dolientes, sugieren manos encallecidas y labor. Noches en vela.

Mis telas preferidas, los paisajes urbanos. Quizás, también, algún rincón del campo, en el cual la rústica piedra de una casa levanta su bandera a la vida.

La pintura de Albertí es humana. Respira y sufre. Y acaso sonríe, con esa compleja ingenuidad de trazos y de color, que junto a su arrebatado llameante es su mejor característica.

Eliseo Palá ocupa los bajos del edificio. Eliseo Palá, el paciente, el pulcro, el benedictino de la pintura. Palá, como tónica general, nos habla de paciencia, de tesón de tiempo. Nos hablan de tiempo sus flores, sus paisajes pulidos. Nervio dominado por la voluntad. Y el dominio es tiempo y ejercicio.

Flores, paisajes, figuras, nos dan la sensación de miniaturas crecidas. Miniaturas por la técnica y el detalle, por lo apurado del trazo, por la finura de la línea, y quizás, por contraste, por la suave inmersión de un color en otro.

De Palá elegiría sus rosas y sus fantásticas y agrisadas marinas, abrigadas en laca o barniz o quizás simplemente en espuma.

Contrastando con todo el conjunto, su verde visión de nuestra Costa Brava, verde y gris de pincel duro. Desterró consabidos azules y el vermellón del granito. Este cuadro, colocado en el vestíbulo, es tan diferente a su habitual manera de pintar, que, de no llevar su firma, no habríamos acertado de quien procedía.

Palá, benedictino, escapó por una vez del convento.